



## LIBRO II EN GETHSEMANÍ.

### CAPITULO PRIMERO.

#### EL HUERTO DE LAS OLIVAS.

Tunc venit Jesus in villam quae dicitur Gethsemani.

MATTH., XXVI, 36.

Trans torrentem Cedron, ubi erat hortus, in quem introivit ipse, et discipuli ejus.

JOANN., XVIII, 1.

Jerusalén está edificada sobre una especie de promontorio que domina, por Este y Mediodía, valles profundos, de los cuales el más conocido, el de *Josafat* ó del *Cedrón*, separa la Ciudad Santa del monte *Scopus* y del monte de las *Olivas*. Este valle, bastante ancho enfrente del primero de esos montes, se estrecha poco á poco hasta no ser más que una torrentera en el punto que se une con el *Ouady-er-Raháhi* cerca de *Bir-Egyoub*, que es el *En-Rogel* de



a Escritura <sup>1</sup>. Un torrente lo recorre en toda su extensión, el Cedrón ó *rio negro*, cuyas aguas, muy disminuidas hoy día, entran en el mar Muerto por el *Ouady-en-Nahr*, serie de ásperas gargantas que comienzan donde se unen los dos valles de arriba <sup>2</sup>.

Por la parte del Oeste el Templo levantaba á la altura de cien metros sobre el torrente escondido entre los cedros <sup>3</sup> sus muros indestructibles, que dominaba el santuario con sus pórticos de mármol y artesonados de oro. Al Este las pendientes pobladas de olivos se inclinaban suavemente como aplanadas por la riente carga de sus quintas y jardines. Hoy el valle no es más que un desierto bordeado hacia Oriente y Occidente por áridas pendientes, cubiertas de ruinas y de sepulcros. Los restos de la muralla de Salomón sostienen la destrozada plataforma del *Haram*, y los caminos de Bethania no están ya sombreados sino á largos trechos, por algunos árboles sin frondosidad ni belleza.

En tiempos de Jesucristo, como en los nuestros, uníanse ambas orillas por un puente, muy cerca del monumento de Absalón, sepulcro vacío que daba un tinte sombrío al lugar aquel fresco y placentero.

<sup>1</sup> JOSUE, XV, 7.—Allí fué donde Jeremías hizo ocultar el fuego sagrado al principio de la cautividad de Babilonia, y donde lo encontró Nehemías setenta años después (II MACC., I, 21).—El Vady-er-Ralabi es el *Gue-Hinnom* de Josué (VIII, 31). Su parte más baja y deliciosa era Tophet.

<sup>2</sup> Según algunos, el Cedrón debe su nombre á los cedros de sus orillas: *Torrentem cedrorum*, torrente de los cedros, ó que cruza un bosque de cedros, *cedratum* (V. los SETENTA y JOSEFO). Se creía que esos cedros los había plantado Salomón.

<sup>3</sup> Los cedros del monte Oliveto eran célebres. El Talmud de Jerusalén ha conservado la memoria de dos de ellos: anidaban en sus ramas innumerables tortolas, y á su sombra se había instalado una especie de bazar para utilidad de los peregrinos.—REXAN (*Vida de Jesús*, 341), se olvida de decirnos que estas tiendas, *chanijoth*, pertenecían á los Sumos Sacerdotes que explotaban indignamente la piedad de los compradores.—CF. FARRAR: *Life of Christ*, 407.

Á la distancia de algunos pasos por el lado Norte, en la margen izquierda y tan próximo del borde que las grandes avenidas bañaban la cerca, vasto jardín <sup>1</sup> rodeaba una de las quintas que abandonaban en las vertientes del monte <sup>2</sup>. El nombre *Gethsemani*, *prensa de aceite* <sup>3</sup>, indica suficientemente la clase de esta finca, cuya recolección de olivas daba trabajo bastante á un molino, aparte de otros recursos que tenía. Los términos que emplean los dos primeros Evangelistas designan, efectivamente, una granja <sup>4</sup>, y á la vez un lugar de recreo, como suelen ser en Oriente, donde los jardines se diferencian mucho de los nuestros. Al introducirse en Palestina las costumbres griegas, habían modificado sin duda las condiciones tradicionales en las propiedades de los príncipes y nobles; pero en las de gente de medianos haberes, las calles tiradas á cordel, los bosquecillos formados con arte, los pilones de mármol con surtidores de agua, constituían la especialidad, más digna de maravilla que de imitarse. Con tal que hubiera sombra y verdor, importaba poco que los árboles fueran escogidos y dispuestos con gusto, particularmente si en tiempo de la recolección y la vendimia se cargaban de hermosas frutas. Los olivos estaban junto á los limoneros, higueras, nogales y granados <sup>5</sup>; solamente los perales presentaban á veces un arreglo simétrico, comprobando así la palabra de Isaias cuando habla de la cabaña en la vifa <sup>6</sup>: «La azucena y la rosa.

<sup>1</sup> JOANN., XVIII, 1: «*κῆπος, hortus*».

<sup>2</sup> JOSEPH.: *Bell. Jud.*, V, XII, 2;—VI, 1, 2.

<sup>3</sup> «*Gath-Schemáne*»; hoy día «*Bostán-és Zeitoun*» en árabe, *Jardin de los Olivos*.—También se llama *Dsches-Manijeh*.

<sup>4</sup> MATH., XXVI, 36.—MARC., XIV, 32; «*κῆπος, villa, prædium*».—CF. REXAN: *Vie de Jésus*, 340.

<sup>5</sup> II ESDR., IX, 25: «*Vineas, oliveta, ligna pomifera multa*».—CF. CANTIC., IV, 12-13, et VI, 40.

<sup>6</sup> ISAI., I, 8: «*Ut umbracula in vinea*».—CF. II REG., IV, 25.



las anémonas floreciendo en compañía de las lilas <sup>1</sup>. Los chopos bordaban las riberas, y las palmeras cimbraban, haciendo ondular sus hojas sobreantes por encima de los sicomoros y cipreses <sup>2</sup>. Aún hoy día pueden verse por todo el Oriente esos jardines primitivos, cercados con paredes de piedra seca ó con setos de zarzas de temibles espinas. Una puerta, siempre cerrada, impedía la entrada á los extraños, mas no á los amigos, que conocían el modo de abrirla, y entraban libremente á descansar junto á las fuentes, y tomar el fresco de las aguas y la frondosidad. La historia de Susana nos muestra bien esas diversas particularidades <sup>3</sup>, cuyo espectáculo sorprende frecuentemente la vista del viajero en Palestina y Caldea.

Gethsemani tenía que ser una de esas casas de campo donde los habitantes de Jerusalén acudían á defenderse de los calores del verano, abandonadas durante la estación del frío, de Noviembre á fin de Marzo, ó sólo visitadas en las horas más templadas del día y durante la recolección. Aunque el Evangelio no menciona vivienda, las costumbres judías y la tradición nos autorizan á suponer en aquella heredad una casa, de cuya importancia no hay indicio ninguno, en la cual el divino Maestro podía defenderse del frío y de la humedad cuando iba allí á pasar la noche con sus discípulos <sup>4</sup>.

Era para Él un lugar ordinario de descanso, cuando subía á Jerusalén, en tiempo de las festividades, y las

<sup>1</sup> CANTIC., VI, 1.—ECCLES., XXIV, 40.—ISAÍ., XLI, 49, etc.

<sup>2</sup> PSAL., I, 3.—JERL., I, 42.—JOANN., XII, 12.

<sup>3</sup> DANIEL, XIII, 7-21, 54-59.—Cf. MASPÉRO: *Archéologie égyptienne*, pp. 45 y 46.—FARRAR: *Life of Christ*, p. 392.—SMITH: *Dictionary*, v, *Garden*.—STAFFER: *la Palestine*, p. 214.

<sup>4</sup> CORNELIO A LAPIDE: *In Matth.*, XXVI, 36.

circunstancias no le permitían concluir la jornada entre sus amigos de Bethania <sup>1</sup>. Tal vez la quinta del Cedrón era una de las fincas de Lázaro <sup>2</sup>, ó de algún otro discípulo, según opinan los que la suponen propiedad de la madre de Marcos el evangelista. Acaso también era una posesión de la familia de David, en la cual Jesús se encontraba como en su casa, en razón del derecho que sus parientes habían ejercitado todavía antes de transmitirlo á los colaterales. Las leyes tocantes á la propiedad <sup>3</sup> en Palestina nos permiten esta suposición, y la vista de los lugares la hace casi cierta.

En efecto: el jardín de Gethsemani encerraba, según antiquísima tradición, una gruta, donde muy pronto iba á verse agonizante la gran Víctima. Esta gruta, situada al Norte del bosque de olivos, colindaba, como se puede comprobar, con la caverna sepulcral, en que ya reposaban las cenizas de Joaquín y Ana, y en la cual María había escogido también su sepultura. Pues ya se sabe que los sepulcros estaban abiertos en la finca de aquel á quien se destinaban <sup>4</sup>, y, por consiguiente, la tierra donde yacían los despojos de los antepasados de Jesús había sido parte de su hacienda. No la poseía el Salvador <sup>5</sup>, pero probablemente habría venido á caer en poder de algún otro descendiente de David, si no quedaba en manos de la segunda hija de Joaquín <sup>6</sup>, y las puertas del huerto se abrían fácilmente ante el hijo de los antiguos amos; que era pa-

<sup>1</sup> JOANN., XVIII, 1-2: «Frequenter Jesus convenerat illuc cum discipulis suis».

<sup>2</sup> GRESWELL: *Harmonía Eanágelica*.—FARRAR: *Life of te Christ*.

<sup>3</sup> NUM., XXVII, 6 et seqq.

<sup>4</sup> KIRCHMANN: *De funeribus Romanorum*, lib. II, c. 20.

<sup>5</sup> MATTH., VIII, 20: «Filius hominis non habet ubi caput reclinet».

<sup>6</sup> María, esposa de Cleofás (JOANN., XIX, 25), madre de Santiago, de Judas, de José y de Simón (MATTH., XXVII, 56.—MARC., XV, 40).



riente y amigo, en quien revivían por la esperanza las grandezas de su raza y la prosperidad de Israel <sup>1</sup>.

Por eso Judas no debió de vacilar en irse derecho allá con los del Sanhedrin y su escolta, en el momento que juzgó favorable para consumir su traición.

Mas esa hora no había sonado aún : no era bastante entrada la noche para dar el golpe sin peligro de llamar la atención de los peregrinos acampados en las mesetas próximas y de los habitantes del barrio de Ophel, cerca del cual tendrían que pasar de vuelta. Los primeros eran mayormente Galileos <sup>2</sup>, compatriotas y partidarios del Profeta ; los otros, gente pobre á quien Jesús había frecuentemente favorecido con su presencia y sus beneficios, eran igualmente de temer, por lo menos en el primer momento. Le convenía, pues, á Judas esperar la hora en que todos duermen profundamente, que es la media noche, y aprovecharse de las tres horas que preceden al llamamiento que por la mañana hacen los levitas á los devotos observadores de las costumbres judaicas.

Cuando Jesús, viniendo de Jerusalén por el camino de Bethania, abrió la puerta del jardín, eran las diez, poco más ó menos. La luna, que comenzaba á asomarse por encima del monte de los Olivos, dejaba todavía lo hondo del valle en esa especie de sombra clara de que no pueden dar ideas las noches del Norte <sup>3</sup>. Pero debajo de los árboles la obscuridad era impenetrable á la vista, y el corazón se encogía allí como cuando amenaza un peligro. Antes de emboscarse el Maestro, se paró un instante para echar la postrera mirada al Templo, que la luna llena

<sup>1</sup> JOANN., XII, 13 : « Benedictus qui venit in nomine Domini, rex Israel. »

<sup>2</sup> Su campamento habitual estaba, según dicen, sobre la parte del Olivete que lleva el nombre de *Viri Galilei*.

<sup>3</sup> Es observación de ALFORD (*The Greek Testament*), citada por FOUARD, II, 300, nota 3.

coloreaba con muy variados matices. ¡En verdad, sería magnífico espectáculo! Las murallas de Salomón, realizadas por Herodes, se erguían soberbias, revestidas de ese tinte rosa que el tiempo no ha borrado del todo. La puerta oriental abría su ancha entrada con sus hojas de bronce, precedida de ancha rampa y amplias escaleras, por donde se subía al atrio de los Gentiles. Á lo largo del caballete corrían los pórticos de mármol y cedro, con sus columnas, multiplicadas por los juegos de luz. Después, en lo más alto, elevábanse al cielo como obeliscos las altas torres cuadradas, que solamente se franqueaban á los sacerdotes para entrar en el santuario. Los rayos de luz reflejaban en las agujas del caballete, en las molduras de las galerías, en lo cincelado de las puertas, y matizaban en el cielo el inmenso joyero de marfil y oro como sobre un fondo de azul oscuro tachonado de lentejuelas de plata. En la calma de aquella noche de primavera, la Majestad divina parecía reposar clemente y enternecida sobre el trono que le había levantado su pueblo escogido. ¡Ay! Era la última vez que le acariciaba la misericordia menospreciada, y pronto el velo roto iba á mostrar á los ojos de todos que el *Sancta Sanctorum* estaba vacío y Jerusalén abandonada.

Mas en el momento en que Jesús le enviaba el último saludo, el Templo era todavía la casa del verdadero Dios, su residencia única entre los hombres. En unión con el Profeta, el Redentor dirigía á los altares de su Padre sus homenajes y súplicas <sup>1</sup>; á la entrada del lugar de su agonía «sus ojos se volvían hacia la colina santa, de donde debiera venirle el socorro» <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> PSALM., LXXXIII, 1 : « Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum : concupiscit et deficit anima mea in atria Domini. »

<sup>2</sup> *Id.*, CXX, 1 : « Levavi oculos meos in montes unde veniet auxilium mihi. »



Entró seguido de sus once discípulos leales; pero no creía conveniente llamarlos á todos á que presenciaran el espectáculo de su tentación, y dejó ocho detrás, diciéndoles sencillamente: «Quedáos aquí mientras voy á orar allí bajo<sup>1</sup>.» Y tomando consigo á Pedro, Santiago y Juan, dió algunos pasos por entre los árboles, hasta una peña defendida probablemente por verde espesura, donde se detuvo cabizbajo, como agobiado por el peso de un abatimiento irresistible.

«Mi alma está triste hasta la muerte, les dijo; permaneced aquí y velad conmigo<sup>2</sup>.» Ninguno se atrevió á preguntarle la causa de aquella tristeza: se encontraban delante con un misterio cuya penetración no osaban pretender. El haber sido escogidos los tres de entre sus hermanos, como allá en el Thabor, les hacía conocer la solemnidad de aquella hora; pero no podían definirla, y seguían con ansiosa mirada el andar de su Maestro por entre los olivos. Andaba con paso lento, encorvado de cansancio, perdiéndose de trecho en trecho en la sombra y reapareciendo en lo alumbrado por la luna, cual espectro errante junto á los sepulcros en que parecía próximo á hundirse. Parose un instante bajo un árbol, dobló sus rodillas y se puso en oración: se oían salir de sus labios sollozos y súplicas en que se observaba una angustia que llegaba á oprimir también el corazón de los discípulos<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> MATTH., XXVI, 36: «Sedete hic, donec vadam illuc et orem.»—Antiguamente existía una capilla edificada en el lugar llamado *El Reposo de los Apóstoles*, bastante cerca del sepulcro de Absalón.

<sup>2</sup> Id., XXVI, 37-38: «Tristis est anima mea usque ad mortem. Sustinete hic et vigilate mecum.»

<sup>3</sup> Id., XXVI, 39: «Progressus pnsillum, procidit in faciem suam, orans, etc.»—Una tradición recordada por FARRAR (*Life of the Christ*, 393), pero que no la nombra Lievix, coloca este árbol en el ángulo formado por los dos caminos que suben á Bethania, es decir, enfrente y un poco á la derecha de quien entra en el jardín actual.

De repente una resolución enérgica le *arrancó*, según la expresión del Evangelio, de donde estaban, y le llevó lejos de ellos, á la distancia de un tiro de piedra, ó sea, á unos cincuenta pasos hacia el centro del jardín<sup>1</sup>.

En el sitio más apartado y silencioso de esta soledad se abría hacia el Mediodía una caverna apenas separada por una cerca de la gruta en que reposaban los restos mortales de Joaquín y Ana<sup>2</sup>. La bóveda, bastante elevada, se sostenía sobre pilares naturales, que la dividían en varias naves como un templo. Era un lugar á propósito para meditar y orar, harto conocido de los Apóstoles y testigo frecuente de la oración del Salvador<sup>3</sup>. Le habían visto entrarse allí para desahogar su corazón antes de echarse embozado en su manto para dormir algunos instantes; pero en esta ocasión les aterró el ver al Maestro descender á aquella obscuridad: su piadosa curiosidad les hacía acercarse por ayudarle en caso necesario, y así sería el verle arrodillado y luego prosternado con el rostro en tierra, y oírle estas palabras misteriosas: «¡Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz<sup>4</sup>.»

Efectivamente, no se puede dudar que este doloroso secreto lo sorprendió, por lo menos uno de los discípulos, y, ¡cosa extraña!, cabalmente aquel que en su Evangelio no nos ha conservado nada de este trance conmovedor. San Juan aparenta ignorar la agonía de Jesús, ni siquiera alude á ella, como si temiera rebajar el divino

<sup>1</sup> LUC., XXII, 41: «Avulsus est ab eis quantum iactus est lapidis.»

<sup>2</sup> Sepulcro abandonado, según M. de VOCHÉ: *Les églises de Terre Sainte*, 313, y CASTELA: *Le saint voyage de Hierusalem*, lib. II, p. 162.—Cf. KIRCHMANS: *De funeribus Romanorum*, lib. II, c. 32. La antigua entrada está tapiada al presente. Se entra por una abertura mas reciente, al Noroeste.

<sup>3</sup> QUARESMIUS: *Elucid. Terræ Sanctæ*, II, 160.—Cf. ARCULEHE,—CASTELA, etc.—Arculehe habla de losas que se veían aún en su tiempo y habrían servido para comer el Maestro y sus discípulos.

<sup>4</sup> MATTH., XXVI, 39.—LUC., XXII, 41.



ideal que proponía á la admiración y el culto de los fieles de su tiempo <sup>1</sup>. Diríase que al presentar la humanidad de Jesús en semejante humillación, temía disminuir la evidencia de su divinidad. Tal vez le dolía también acusar demasiado el desfallecimiento de los otros dos Apóstoles; el jefe de todos, Pedro, y su propio hermano Santiago, aunque hubiera confesado á la vez su propia inconstancia; pues él no pudo verlo todo no habiendo permanecido en vela hasta el fin. Así pasa de ordinario con las amistades humanas; que difícilmente acaban la obra de vigilar y dar consuelo: y felices ellas, si pueden reclamar la rara honra de haber hecho un esfuerzo que no se volviera atrás en las primeras dificultades.

Juan se había corrido hasta la entrada de la gruta, cuya extensión le permitía mantenerse á bastante distancia para no ser observado. La cavidad tenía diez ó doce metros de larga por siete ú ocho de ancha, y Jesús estaba casi en el extremo <sup>2</sup>. Por la abertura un rayo de luna iluminaba el interior, mientras el discípulo amado, escondiéndose en la sombra, podía creer que no se le veía, ilusión que no debió durarle mucho tiempo después de la Resurrección por más que él pensaba entonces poseer sólo el secreto.

Por feliz disposición de la Providencia, el lugar testigo de la agonía, venerado desde los primeros siglos, no ha sufrido las modificaciones que una piedad mal entendida ha producido frecuentemente en los Santuarios de

<sup>1</sup> Véase el cap. XVIII de San Juan: no hay en él una palabra relativa á la agonía de Jesús. Es, no obstante, muy evidente que San Mateo y San Lucas no pudieron saber los detalles de la agonía, sino de San Pedro, Santiago y San Juan; y desde luego, piensa uno en este último, precisamente por el silencio que guarda en su Evangelio.

<sup>2</sup> Fr. Liévin: *Guide*, t. p. 264, et M. de Vogüé. *op. cit.* 313.—Lortet (*La Syrie d'aujourd'hui*) quiere, sin decir la razón, ver una prensa en la gruta de la agonía.

Palestina. Desde los tiempos de Constantino se había edificado encima una capilla, cuyas ruinas se veían aún á principios del siglo XII <sup>1</sup>. Los cruzados no la reconstruyeron, y se limitaron á decorar las paredes de la gruta con pinturas, que al presente están borradas. Así, pues, podemos afirmar, si la tradición es fiel, que el aspecto de este lugar es el mismo que cuando el Hijo del hombre iba allí á meditar por última vez las amarguras de su inmolación. El somero ornato de que ha sido objeto no le quita nada de su carácter primitivo, y el altar que marca el sitio del sudor de sangre no impide besar la roca en que corrieron las gotas caídas de la frente divina <sup>2</sup>. Estas bóvedas resonaron con los gemidos de Jesús, fueron iluminadas por la aparición del Ángel y vieron sellar el pacto entre la voluntad del hombre y la de Dios <sup>3</sup>. ¡Piedras santas, cuya desnudez vale más que todas las magnificencias, porque no interpone cosa alguna entre mi mirada y el gran espectáculo que quiero contemplar! Aquí veo y escucho realmente á mi Salvador; *mi alma se pone como la suya, triste hasta la muerte*, y mis rodillas se doblan involuntariamente sobre esta roca, donde yo derramo también mis lágrimas. Aquí yo estoy á su lado, trato de consolarle y sostenerle, y si él se abate, yo caigo con él, en sus brazos, apretado contra su corazón, víctima expiatoria como él, por mis pecados y los del mundo.

Por desgracia, el jardín de Gethsemani no ha sido favorecido con igual protección. Cualquiera que sea su

<sup>1</sup> SOUVENIR los vio en 1402. Dice a este propósito que todas las iglesias de los alrededores de Jerusalén habían sido destruidas durante las guerras con los musulmanes.

<sup>2</sup> Delante del altar principal está grabada en piedra esta inscripción: « El factus est sudor ejus sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram ».

<sup>3</sup> Cf. M. de Vogüé: *Les églises de la Terre Sainte*.—V. GUÉRIN: *La Terre Sainte*, etc.



valor, podemos afirmar que no es tanto en la estimación de Dios y en la nuestra. En él ha conversado el Salvador muchas veces con sus amigos y orado por nosotros. Los árboles que lo pueblan vieron los preludios de su Pasión; pero si los bañó con sus lágrimas, no los ha santificado con su sangre. En él, Judas ocultó su traición y sus sombras favorecieron la huida de los Apóstoles; pero la gruta vió á Jesús llorar la pérdida del traidor y preparar la vuelta de los amigos extraviados.

Mas ¿á qué conduce establecer un paralelo ó una oposición entre estos lugares sagrados? ¿No es mejor juntarlos en nuestra veneración con el sentimiento de no encontrarlos igualmente intactos? Doquiera los pies de Jesús han tocado la tierra, quisiéramos ver su huella tan visible como si acabara de producirla. Pero ya que esto no puede ser, agradezcamos á la Providencia los vestigios medio borrados que nos permiten reconocer el paso de nuestro Redentor.

Del bosque de olivos, que formaba la parte más considerable del jardín, sólo quedan ocho <sup>1</sup>, que se caen de puro viejos, pero dan cada año muy abundante fruto. «Los troncos son enormes; el más grueso tiene ocho metros de circunferencia. Tienen poca corteza, y si no se les vieran ramas y hojas, se les tomaría fácilmente por pedazos de roca, á que se asemejan en su contorno y color <sup>2</sup>.» Por más que se haya dicho, no hay motivo para dejar de considerarlos como contemporáneos de la última visita que hizo Jesús á Gethsemaní. Verdad es que Tito

<sup>1</sup> Chateaubriand vió nueve; pero Marmont no encontró ya más que ocho, dos de los cuales tenían veinticinco pies de circunferencia. Los Franciscanos poseen aun todo el campo de los olivos que baja hasta el Cedron: este campo, separado al presente del jardín propiamente dicho, lo comprendía en otro tiempo, lo mismo que el terreno próximo al sepulcro de la Santísima Virgen, encima de la gruta de la Agonía.

<sup>2</sup> Fa. LÉVIN: *Guide*, I, 268.

hizo cortar alrededor de Jerusalén todos los árboles que necesitaba para hacer sus máquinas de guerra, y que pudieran estorbar las operaciones del sitio <sup>1</sup>. Sin embargo, las palabras de Josefo no deben tomarse en sentido demasiado absoluto: lo mismo exactamente se ha dicho de las talas que hicieron los Romanos durante el sitio de Pompeyo. La parte devastada fué la que va del monte Scopo al camino de Jafa, al Norte y Oeste de la ciudad. Por el Este, la legión décima se contentó con ocupar las alturas hasta diez estadios de los baluartes, y apenas descendió á mitad de la ladera para levantar el muro, que impediría á los judíos toda comunicación con lo exterior <sup>2</sup>.

Quedaba, pues, entre esta muralla y el Cedrón un espacio de más de quinientos metros, dentro de cuyos límites el arbolado no sufrió nada de parte de los soldados de Tito <sup>3</sup>. Aparte de que los ocupaban los grandes cuerpos de guardia del ejército judío, estaban protegidos por el tiro de las murallas del Templo, y no se explica cómo los sitiadores hubieran querido hacer talas, inútiles por otra parte, toda vez que les habría sido imposible llevarse los árboles que cortaran. Jamás Josefo, tan minucioso como es y tan amigo de ponderar el valor de los legionarios, hace alusión á ninguna hazaña motivada por tal empresa. Habla, por el contrario, de conatos de huir, que los bosques no destruidos debían favorecer, y de sorpresas que á las trincheras de los sitiadores dieron los judíos, ocultándose sin duda en los vergeles <sup>4</sup>.

Podría objetarse que Tito, dueño ya del Templo y del

<sup>1</sup> JOSEPH.: *Bell. Jud.*, V, XII, 1.

<sup>2</sup> *Id.*, *ibid.* V, XXXI, 2.—Cl. FOUARAD: *Vie de J.-C.*, II, 299.—SAULCY: *Derniers jours de Jérusalem*.

<sup>3</sup> Todavía esta cifra es inferior á la realidad; pues el estadio equivalía casi á doscientos metros.

<sup>4</sup> JOSEPH.: *Bell. Jud.*, VI, XIV, 4.—XV, 4, 2.



Ophel, se vió en la precisión de levantar contra la ciudad alta *aggeres*, y que para hacer estas moles debió de explotar el valle del Cedrón. La respuesta es fácil.

Los Romanos en aquella situación estaban provistos de todo el maderamen que necesitaran: tenían vigas y barrotes en los *aggeres* antes contruidos, y que habían quedado inútiles por la victoria, en los restos de los pórticos del Templo, en los palacios arruinados, en los almacenes y en muchos otros sitios. Era, pues, inútil recurrir á hacer cortas en las orillas del torrente, donde á los operarios les habría costado doble trabajo el echar abajo los árboles y el manejarlos, sin contar con la dificultad que habrían tenido para transportarlos hasta el pie de la ciudadela.

A Tito le urgía acabar presto, y debió hacer lo más ejecutivo, que era aprovecharse de la madera labrada que tenía á mano.

Otra razón se ocurre por sí misma. Los jardines del Cedrón eran un recurso demasiado precioso para que no se les respetara. Los olivos y demás árboles frutales debieron de ser tanto más respetados cuanto eran más raros. No eran los Romanos como los Árabes y Asirios; no destruían sin razón y menos contra la razón. Su interés les aconsejaba no tocar al jardín de Gethsemaní; podemos sacar resueltamente la conclusión de que no lo tocaron.

La devastación, pues, mandada por Tito, no debilita la tradición favorable á los vetustos troncos de Gethsemaní.

Como todo el mundo sabe, el olivo desafía á los siglos, no sólo echando nuevas ramas, aunque se arrase el tronco hasta el suelo, sino también conservando su primera fisonomía. Los antiguos lo llamaban eterno <sup>1</sup>. Cuanto á

<sup>1</sup> PLINIO EL NATURALISTA, lib. XVI, 83, etc.

éstos, podemos asegurar que se remontan por lo menos al siglo séptimo, es decir, antes de la conquista de Palestina por los Musulmanes <sup>1</sup>. La prueba es incontestable.

Con efecto: todo olivo plantado después de la conquista paga al fisco la mitad de su fruto, mientras que los árboles ya existentes entonces se tasaron en un *medin* <sup>2</sup> de contribución. Ahora bien: los olivos de Gethsemaní no han pagado nunca más que ocho *medins*, y son propiedad indiscutible de los cristianos del rito latino <sup>3</sup>. Luego existían hace doce siglos, y nada autoriza para afirmar, como se ha afirmado gratuitamente, que hayan sido plantados durante el periodo transcurrido desde Santa Elena hasta el califa Omar. Si los cristianos hubiesen pensado en plantarlos con la mira de conservar el recuerdo de la agonía del Salvador, quedaría algún testimonio, como los hay de las innumerables fundaciones de Constantino y de Justiniano. Pues bien: en el mismo Gethsemaní tenemos restos de los oratorios edificadas en el lugar del *Reposo de los Apóstoles* y sobre la gruta de la Agonía, oratorios igualmente desaparecidos; pero nada hay que nos hable del piadoso cuidado que hayan tenido los fundadores de estas capillas respecto á los olivos destruidos. Y, á decir verdad, habría sido antes, pues las antiguas cepas, si hubiesen quedado, habrían podido producir retoños, que hubiesen tenido anchuras de tiempo y espacio para hacerse por sí mismos árboles corpulentos.

El silencio de San Jerónimo, cuando refiere las peregrinaciones de Santa Paula en Palestina, cuando nombra

<sup>1</sup> En 636, bajo el mando del kalifa Omar.

<sup>2</sup> El *medin*, antigua moneda turca, valía quince dineros.

<sup>3</sup> CHATEAUBRIAND: *Itinerario* — Cf. FF. LÉVIN: *Guide*. — LAMARTINE: *Voy. en Orient*, etc. La consideración relativa al fisco refuta la opinión de LORTET (*La Syrie d'aujourd'hui*) que no concede á los olivos mas que seiscientos ú ochocientos años.



su oración en los lugares santos de Jerusalén y no hace mención de los olivos de Gethsemani, no prueba absolutamente nada contra la existencia de ellos en su época. Fácilmente se echa de ver. El pensamiento del Santo Doctor fué indicar solamente las principales estaciones de la ilustre viajera, y omitió de propósito cierto número de lugares, no obstante ser muy dignos de que los citara por la devoción que inspiran á los fieles <sup>1</sup>.

La conclusión que se saca de todo lo precedente es, que la gruta de la Agonía estaba considerada por la tradición primitiva como el sitio en que el Salvador se vió abatido bajo el peso de tristezas inefables. La piedad de los peregrinos no se extraviaba entonces, como al presente parece que se extravía buscando las huellas de Jesucristo debajo de los olivos más bien que en la vecina cueva. No queremos decir con esto que toda esta tierra que hay desde el sepulcro de Absalón al de la Santísima Virgen no les pareciese á aquéllos eminentemente respetable; la habían pisado con demasiada frecuencia los pies del Dios hecho hombre aun antes de dejar en ella el último vestigio en el día de la traición. Pero, nunca nos parecerá que lo repetimos demasiado en servicio de nuestra causa, nuestros antepasados de los siglos IV y V, San Jerónimo en particular, no daban la misma importancia á todos estos recuerdos, y su silencio no puede ser invocado por los adversarios de la tradición.

Es, pues, lo más sencillo y razonable atenerse á la creencia secular del mundo cristiano. Los olivos de Geth-

<sup>1</sup> S. JERÓNIMO: *Epistola LXXXVI ad Eustochium: Epitaph. Paulæ.*—*Cl. SMITH: Dictionary, v<sup>o</sup> Gethsemani.*—Otros escritores mas modernos y más minuciosos que San Jerónimo, parecen no haber concedido gran atención á los olivos de Gethsemani, aunque atestiguan su existencia y antigüedad.—V. CASTELA: *Le saint voyage de Hierusalem*, lib. II, p. 166,—etc.

semani no son únicamente «los más antiguos del monte <sup>1</sup>» y «los más hermosos de la Tierra Santa <sup>2</sup>», son además los más venerables testigos de la Pasión que puedan encontrarse. Después del árbol de la Cruz, no hay otro árbol más digno de culto, como se ha dicho muy bien <sup>3</sup>: el primero fué bañado con su sangre, estos otros los regó con sus lágrimas. Las partículas de esta madera en que se apoyó la humanidad del Verbo están impregnadas del perfume que se exhala por sí <sup>4</sup> y debe contarse entre las reliquias más caras á nuestro corazón.

Pero es ya tiempo de que fijemos nuestra mirada y nuestros pensamientos en la contemplación de la agonía en que Jesús tuvo á bien sumergir su alma, y que fué el comienzo de aquella serie de dolores con que iba á operar nuestra salud. No pasemos, sin embargo, más adelante sin admirar con qué soberano dominio de sí mismo entra en esta prueba. Bajaba de Jerusalén conversando familiarmente con sus discípulos, juntando la enseñanza con la profecía, dirigiéndose con sublime oración á su Padre, y con advertencias tiernamente enérgicas á sus oyentes. Les conduce al lugar que escogió para que le prendieran, como pronto se lo dirá á los esbirros del Sanhedrin <sup>5</sup>, y nada hay más conmovedor que la razón que tuvo para escogerlo. Como es hombre, ha tomado de la humanidad los más delicados sentimientos y emociones del corazón humano; próximo á morir, quiere pasar su última hora en compañía, digámoslo así, de los muertos de su familia; y ya que no puede descender á sus sepulcros, en particu-

<sup>1</sup> ISAMBERT: *Palestine*, p. 313.

<sup>2</sup> F. BOVET: *Voy. en Terra Sainte*, p. 199.

<sup>3</sup> P. JEAN MAUMUS: *Les Mystères du Ressuscité*, citando á Mons. MISLIN: *Les Saints Lieux*.

<sup>4</sup> CANTIC., I, 3.—*LUC.*, VI, 9.

<sup>5</sup> *MARC.*, XIV, 49: «*Ut impleatur Scriptura.*»



lar por ser *Nazareno*, sin contraer una impureza legal <sup>1</sup>, se aproxima todo lo posible, como para agonizar entre los brazos y sobre el corazón de ellos. Espera consuelos y enseñanzas de aquellas tumbas, así como del cielo, haciendo ver con esto hasta la evidencia que es el *Hijo del hombre* y el *Hijo de Dios*, pero también que *da su vida por su propia voluntad*, y que *sólo porque quiere permite que le prendan* <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> NUM., XIX, 16.—Cf. VI, 6.—Las tumbas eran impuras y comunicaban una impureza legal.

<sup>2</sup> JOANN., X, 17-18: «Ego pono animam meam ut iterum sumam eam. Nemo tollit eam a me, sed ego pono eam a meipso».

## CAPÍTULO II

## AGONÍA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Tunc ait illis: Tristis est anima mea usque ad mortem.

MATTH., XXVI, 38.

Et factus in agonia prolixius orabat. Et factus est sudor ejus sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram.

LUC., XXI, 43-44.

La agonía, en el sentido ordinario de la palabra, es la lucha suprema de la vida contra la muerte, ese período más ó menos prolongado, durante el cual se rompen uno por uno los lazos que atan el alma al cuerpo, ruptura igualmente dolorosa para la carne que para el espíritu. Por asimilación llamamos agonía á ciertas angustias en que parece que va á cortarse la vida, aunque en realidad sale victoriosa, á lo menos en el sentido de que continúa su curso triste y sombrío. En uno y otro caso la palabra conserva su significación terrorífica, porque expresa la mayor suma de sufrimientos que la naturaleza puede soportar.

Así, no es extraño ver al divino Maestro *sobrecogido de tristeza y de temor* <sup>1</sup> en el momento que entra en ese jardín fatal, «terra damnata» <sup>2</sup>, como decían los antiguos, don-

<sup>1</sup> MARG., XIV, 33: «Cœpit pavere et tremere.»

<sup>2</sup> V. LE PELERIN DE BORDEAUX (en 333), que aplica este nombre al lugar de la traición.